

ble y si vuestra penitencia nace del corazon? Pues el unico medio es examinar, si esa penitencia se halla en todo vuestro corazon: este segundo examen, mas dificil en la apariencia que el primero, es no obstante mucho mas facil, y esto es lo que voy à manifestaros.

SEGUNDA PARTE.

EL mismo Soberano Señor, que segun su voluntad, nos señaló la ley de la penitencia, y que quiere que ésta exista en el corazon, quiere tambien, segun él mismo explica esta ley, que exista en todo el corazon. "Dios, dice Moyses, tendrá piedad de vosotros, si quando sintais vuestro corazon movido à penitencia, os convertis entonces à él con todo vuestro corazon: *Cum ductus poenitudine cordis ... Reversus fueris ad Dominum in toto corde tuo ... Miserebitur tui.* (a) " Vosotros me buscaréis, dice por el Profeta Jeremias, y me hallareis, pero será quando me hayais buscado con todo vuestro corazon: *Quæretis me, & invenietis, cum quæsieritis me in toto corde vestro.* (b) La razon de esta ley está inclusa en la célebre oracion que Salomon hizo à Dios publicamente en el dia de la dedicacion del Templo. " Señor, dixo, si alguno de nosotros, conociendo la llaga de su corazon, levanta sus manos à Vos en esta casa que acabo de consagraros, vos le oireis desde lo alto del Cielo, y de perdonareis: (c) Pero con qué condicion? Segun la medida, añade, y segun la disposicion que veais en su corazon. Puede darse cosa mas justa, Catholicos? Nosotros queremos que Dios nos perdone de todo corazon, pues razon será que nosotros nos arrepintamos, y le pidamos perdón con todo nuestro corazon, y mas quando

(a) Deuter. 30. 1. (b) Jerem. 29. 13. (c) 1. Reg. 8. 38.

solo él, como dice el mismo Salomon, penetra los corazones de todos los hijos de los hombres: *(a) Quia tu nosti solus cor omnium filiorum hominum.*

¿Qué notable diferencia hay, Catholicos, entre el perdón que recibimos de los hombres, y el que esperamos de Dios! Los hombres, dice Tertuliano, quando han sido ofendidos, se contentan con el arrepentimiento exterior que se les manifiesta; y en el culpado confesar su falta, manifestar dolor, y sufrir la satisfaccion que se le impone: con esto se contenta, y realmente no pueden pedir mas; pero no saben lo que acaso está pasando en lo intimo del corazon; puede ser que el corazon del que suplica esté interiormente contradiciendo el pesar aparente que manifiesta en sus palabras; ¿Pero quién ha de examinar el corazon? En él hay unos abismos impenetrables à toda luz humana, y esta no puede llegar hasta allí: *Mediocritas humana factis tantum judicat, quia voluntatis latebris par non est.* (b) Pero no se puede negar, que si el ofendido pudiera ver estos arcanos, tambien haria valer contra ellos sus derechos, y que no aceptaria las demostraciones de arrepentimiento, si no viera éste gravado en todos los senos del corazon.

¿Pues cómo quereis, Catholicos, que Dios, que es el escrutador, y dueño de los corazones, que vé su profundidad, y sus abismos, al que no se le ocultan nuestros mas secretos movimientos? *Qui nosti solus cor omnium filiorum hominum.* ¿Cómo quereis que se contente con las exterioridades? ¿No examinará la verdad de nuestro dolor en su misma raiz? ¿Dará fé à otros testigos mas que al corazon? ¿Creerá à éste si vé que en sí contradicen los afectos? ¿Si vé que el pecado que por una parte detestamos no es amable por otra? Nos perdonará, dice Salomon, segun lo que vea en nuestros co-

(a) *Ibid.* (b) *Tertul. de Poenit.*

razones: Nuestra sinceridad, ò nuestra ficcion, nuestra buena, ò mala fé será la regla de su clemencia, y la medida del perdón: *Repropiaberis sicut videris cor ejus.*

A nosotros corresponde, Catholicos, el examinar bien nuestro corazón, y buscar en él con cuidado esta sinceridad plena, y entera: para conseguirlo no basta aborrecer al pecado por sí mismo, y por su propia deformidad, ò atendiendo à nosotros mismos por razon del mal que nos ocasiona: no basta aborrecerle como un gran mal, ni como mal propio nuestro. Estas consideraciones particulares no dominan à todo el corazón, ni le libran del peligro de figurarse algunas veces en el pecado fantasmas de honor, y de utilidad, que le hacen parecer amable: para que el aborrecimiento sea verdadero, y sincero, es necesario mirarle como ofensa de Dios, y por decirlo así, como mal de Dios; bajo este aspecto todo pecado nos será digno de odio, porque todo pecado es ofensa de Dios; siempre le aborreceremos, porque siempre ofende à Dios; le aborreceremos mas que à todos los objetos capaces de excitar nuestro odio, porque la ofensa de Dios es el mayor mal del Mundo, y superior à todos los males; y así, quando aborrezcamos de corazón al pecado, quando le aborrezcamos siempre, y quando le aborrezcamos mas que à todas las cosas capaces de excitar nuestro aborrecimiento, podremos decir, que le aborrecemos sinceramente, y con todo nuestro corazón. Examinemos, pues, en nosotros estas tres obligaciones.

I. Primeramente: ¿Aborreceis todo genero de pecado, todos los objetos que os inducen à él, y todas las ocasiones que os pueden proporcionar el abrazarle? ¿No hay alguna ocasion, algun objeto, algun pecado mas amable para vosotros, que los demás, y al que todavía tenga algun afecto vuestro corazón? Pues sabed, que no hay pecado alguno que no sea aborrecido de
Dios;

Dios; y por consiguiente, que pueda exceptuarse del odio del pecador que intenta convertirse: los pecados son aquellos Amalecitas reprobados que viven entre nosotros, los que Dios nos ha mandado, como en otro tiempo à Saul, (a) sacrificar, y destruir enteramente sin reservar nada: *Vade, & interfice... Usque ad interitionem.* Id, nos dice à nosotros, à ninguno perdonéis; matadlos, y exterminadlos à todos: si perdonáis al principal, al mas distinguido, al mas propio para servir de materia al sacrificio, no sois fieles à Dios, y no sois enemigos de sus enemigos sino los detestais, y sacrificais todos.

Puede ser que tengais horror à los deleytes infames, y vergonzosos; ¿pero teneis el mismo horror à los excesos del juego, los que mirais como un placer honesto, y que no obstante son raiz de una infinidad de pecados? Puede ser que hayais abandonado la impiedad, ¿pero haveis abandonado igualmente la murmuracion? Puede ser que hayais arrimado los adornos inmodestos, y los vestidos escandalosos, ¿pero os absteneis igualmente de los equipages suntuosos, y de un aseó que pasa à ser ridiculo? Pues, Catholicos, la profusion, la delicadeza, la inmodestia, la impureza, la murmuracion, la impiedad, la gula, y el juego, todo esto, sin excepcion alguna, os debe ser odioso, y no lo aborreceréis sinceramente mientras no lo mireis como mal, y ofensa de Dios.

Representaos, Señores, el arrepentimiento de Esau, quando por un plato guisado à su gusto vendió à su hermano Jacob el sagrado derecho de la primogenitura: ¿Con qué gritos, y clamores manifestaba despues su dolor! ¿Pero qué dolor! Horrorizado de su glotoneria, dirige los deseos de su corazón al homicidio, y forma el designio de matar à su hermano Jacob: *Occidam Jacob*

(a) 1. Reg. 15. 18.

fratrem meum. (a) Al odio de un pecado junta el proyección de otro pecado, y es, Señores, que le aborrecia solamente por su propio interés, y por el daño que se havia hecho à sí mismo, abandonando sus derechos; ningun caso hacia de la ofensa de Dios, cuyas bendiciones, anexas entonces à la primogenitura, havia despreciado; y así, por ser à un mismo tiempo, dice San Pablo, (b) gloton, y profanador, sus lagrimas fueron inútiles; y no consiguió que Dios, ni su padre Isaac se compadeciesen de su arrepentimiento: *Non invenit pœnitentiæ locum.*

Judas entregó à la muerte à su Divino Maestro, vendiendole por dinero: arrepentido despues de lo que havia hecho, vá corriendo al Concilio de los Judios: ¿Quién le guia à aquel Concilio? La misma penitencia, dice San Matheo: (c) *Pœnitentia ductus.* No se contenta con manifestar su dolor declarandose delincente: *Peccavi;* à esta pública confesion añade la reparacion del honor, y la restitucion del precio. Jesús era inocente, dice, y yo os le entregué como culpado: ¿Puede darse restitucion mas formal! Este dinero, salario abominable de mi delito; este maldito dinero, teñido con la sangre del justo, no es mio, ni le quiero; y diciendole esto, le arroja à los pies de los Judios: ¿Puede darse restitucion mas pronta! Con todo eso, se ahorca él mismo, y con una cobarde desesperacion, ultrajando à la misericordia, y à la clemencia Divina, desmintiendole con un nuevo delito el pesar aparente de sus pasadas culpas, hace ver que su arrepentimiento no nacia de horror à la ofensa que contra Dios havia cometido, sino de la natural verguenza anexa à la avaricia, al homicidio, y à la traycion. Si se huviera horrorizado de haver ofendido à su Dios, el mismo horror huviera te-

(a) *Genes. 27. 41.* (b) *Hebr. 12. 17. D. Thom. 3. part. 4. 86. art. 1. ad 1.* (c) *Matth. 27. 3.*

nido de ofender con la desesperacion al que acababa de ofender con el parricidio; y así, Catholicos, no aborrece verdaderamente pecado alguno, el que no aborrece toda especie de pecados; y tampoco aborrece sinceramente al pecado, el que no le está aborreciendo siempre; que es la segunda obligacion.

II. Si huviera alguna ocasion, ò algun tiempo en que la ira de Dios contra el pecado fuese menos viva, podriamos en este caso no asustarnos tanto, ni tener tanto cuidado de evitarle. Pero siempre el pecado es igualmente objeto de la Divina venganza, y así siempre debe ser igualmente objeto de nuestro odio: Es error el decir, que los pecados de las edades, de las diversas condiciones, de los países, y de los siglos diferentes, son tambien diferentes en la balanza de la Divina justicia; que los pecados de los jóvenes son mas leves; que un desorden que yá ha llegado à ser costumbre, merece excusa; que hay ciertos dias de alegría en que el libertinage pasa por juego. La Divina justicia, Catholicos, no tiene dos pesos, ni dos medidas, una para los jóvenes, y otra para los ancianos; una para el vulgo, y otra para los grandes: Todo pecado lleva en sí mismo su propio peso, segun su deformidad natural, independientemente de los tiempos, y de los dias: vosotros mismos, amados oyentes míos, haveis sentido este peso, y le haveis sacudido por medio de la penitencia; y haviendole renunciado una vez, le haveis renunciado para siempre.

Pues à vosotros, Catholicos, os repite Jesu Christo, quando os concede el perdon, lo mismo que decia à la muger adúltera al tiempo de perdonarla sus pecados: *Vé,* y desde ahora confirma en tu resolucion de no volver mas à pecar: *Vade, jam amplius noli peccare.* (a)

(a) *Joann. 8. 11.*

No dice que desde aquel momento haya el pecador de ser impecable efectivamente, de modo, que no vuelva à recaer en sus flaquezas; basta, aunque es absolutamente necesario, que sea impecable por voluntad: *Noli peccare*. Para afirmarse, pues, en esta constante voluntad, ¿qué atencion no debe poner en estas dos voces, esto es, lo pasado, y lo por venir? Desde ahora, y para siempre: *Fam amplius*. Esto es lo mismo que decía David en muchos pasages de sus Psalmos: *Ex hoc nunc, & usque in sæculum*. Desde ahora, y para siempre.

Nosotros, decís, no entendemos esas sutilezas, ni nos figuramos tantos misterios; recibimos el tiempo conforme se nos presenta: à los dias solemnes consagrados à la piedad, miramos como tales, y à los demás dias los miramos confusamente como una extension obscura, en que nada distinguimos. Pero esto, Catholicos, es querer engañaros: Sabed, que la obligacion que contraeis al tiempo de recibir la absolucion, empieza desde aquel mismo instante; de modo, que aquel instante de vuestra conversion à Dios, debe ser el verdadero fin de vuestros desarreglados placeres, tan ciertamente como la muerte es el verdadero fin de la vida: *Fam noli peccare*.

Del mismo modo, aquel para siempre se estiende à toda la vida futura; de modo, que si todavia os restáran cien años que vivir, esos mismos placeres que detestáis en ese momento, os deben ser detestables, y debéis mirarlos como prohibidos, aun despues de cien años. Todos los tiempos, todas las estaciones, todas las compañías, todas las circunstancias propias para acordaros el gusto de aquellos placeres, deben estar presentes en vuestra idea, y debéis mirarlas como escollos peligrosos, à vista de los quales debéis alentar vuestra vigilancia, y avivar el fervor de vuestra resolucion. Sin estas reflexiones, ¿cómo podreis confirmar vues-

vuestra voluntad fragil en el designio formal de nunca mas pecar, como os lo dice Jesu-Christo? *Fam noli amplius peccare*.

El impío Jeroboan, queriendo por interés de estado apartar à sus vasallos de que fuesen à ofrecer sus sacrificios al Templo de Jerusalén, havia levantado en Bethel un Altar profano, en donde con mano sacrilega ofrecia incienso al Señor: fue enviado un Profeta para que le reprendiese el escisma, y la division que introducía entre Israel, y Judá, y para que le amenazase con un pronto castigo del Cielo: aquel Principe estendió la mano para mandar que prendiesen al Profeta, pero en el mismo instante se le pasmaron los nervios, y su mano quedó seca, y sin movimiento: atonito con este golpe, conoció su culpa, è imploró la clemencia del Cielo, valiendose de la intercesion del mismo Profeta, y consiguió la salud. Yá os parecerá, Catholicos, que está penitente, y contrito. Pues no Señores, despues de haver llorado, gemido, y obtenido la gracia que deseaba: *Post verba hæc non est reversus de via sua pessima*; (a) libre yá del castigo no mudó de conducta, ni revocó los edictos, en que prohibía el comercio con el Templo, y Sacerdotes de Dios; no arrojó de su corazon la desconfianza que havia concebido contra los Reyes de Judá; no apartó de sí à los falsos politicos, interesados en aconsejarle el escisma, y la division: *Non est reversus, sed è contrario*. No solo siguió como antes, sino que se hizo mas rebelde, y mas impío: La penitencia de un momento es penitencia de Jeroboan.

¿No se parece mucho nuestra penitencia à ésta, Catholicos? ¿Ah! Temblamos al ver que Dios descarga sobre nosotros los golpes de su ira. Nuestros campos, unas veces áridos, y otras inundados, nos hacen temer el hambre, y la sed: el fuego de la guerra se acerca

(a) 3. Reg. 13. 33.

à nuestras fronteras, y amenaza nuestras casas: las familias están turbadas con pleytos, y discordias: nuestras riquezas son presa de nuestros enemigos domesticos, aun mas que de los extraños; y por ultimo, las enfermedades nos afligen; suele suceder, que al sentir alguno de estos golpes, reflexionamos, y conoscemos ser la causa de ellos nuestros pecados: recurrimos à Dios; parece que queremos aplacarle con la penitencia; nos entristecemos, y humillamos; pero por cuánto tiempo, Catholicos? Esperemos, esperemos à que pase la borrasca, à que buelva la abundancia, à que cese la enfermedad, y à que se restablezca la salud, è inmediatamente veremos al hombre ingrato bolver à sus desordenes: luego el peso de su propio mal, y no el de la ofensa de Dios, era el que le hacia humillarse bajo la vara de la penitencia; luego este dolor no ocupaba todo su corazon, pues no imprimia en él horror al pecado para siempre; y mucho menos un horror superior à todo quanto se puede aborrecer; que es la tercera, y ultima obligacion.

III. Luego que se conoce que Dios es el sér soberano, en cuya comparacion nada son todos los entes que en sí encierra el Mundo, no se puede dudar, que lo que es ofensa de Dios, y lo que es mal respecto de Dios, es el mayor mal del Mundo, en cuya comparacion todos los males de las criaturas, y todos sus tormentos nada son: pues tal es el pecado considerado como mal de Dios. Dexemos, pues, clamar al amor propio, y à pesar suyo confesemos que tenemos tanta obligacion à aborrecer el pecado como à amar à Dios; y consiguiientemente que debemos aborrecerle mas que à todas las cosas sin comparacion alguna.

De aqui se infiere, que debemos aborrecer al pecado mas que à los dolores, à la infamia, y à la pobreza: mas que à todo lo que puede dañar à nuestra fortuna, à nuestros bienes, à nuestros placeres, à nuestra salud, y

à nuestra vida. Nosotros debemos sufrir, y abrazar todos estos males antes que consentir en un pecado; debemos abrazarlos, y sufrirlos, si fuesen necesarios, para destruir, para evitar, para reparar, ò para expiar el pecado. Si esta doctrina os parece nueva, Catholicos, será porque nunca havreis sabido quàn grave mal sea una ofensa de Dios: pues yá es tiempo de que lo sepais, ¿porque cómo haveis de pedir perdón à Dios de vuestros pecados, sino sabeis quàn to le ofendeis con ellos?

Y asi, siempre que os presentais en el tribunal de la penitencia con un corazon tibio, è indiferente; siempre que temeis los efectos de la penitencia; las restituciones de la hacienda, y de la honra, las oraciones, y mortificaciones; siempre que quereis usar de artificios con Dios, poner condiciones à vuestra reconciliacion, y ajustar con él, por decirlo asi, deveis estar persuadidos à que no es la ofensa de Dios la que os mueve, y que la penitencia no habita en todo vuestro corazon.

El que se convierte à Dios con todo su corazon corre apresurado à postrarse à los pies del Sacerdote: no le pregunta el modo de desvanecer sus escrúpulos, sin cumplir sus obligaciones, ni los medios para juzgarse convertido sin tener el trabajo de parecer tal en la realidad, ni los arbitrios para salir del pecado, sin salir de las ocasiones de él; ni el arte de conservar sin remordimientos los bienes injustamente adquiridos, ni las sutilezas para vivir unido al Mundo, fingiendo al mismo tiempo vivir separado de él, ni los ardidés para restituir sin emppbreverse, todo lo qual suele ser materia de consultas en los falsos penitentes.

Faraon, famoso por su obstinacion, no lo fue tanto que algunas veces no hiciese algunos esfuerzos para convertirse à Dios: ¿Quántas veces detestó su soberbia, su mala fé, su impiedad, y la de su Pueblo? He pecado, decía; mi Pueblo, y yo nada valémós; somós im-

pios: *Peccavi, peccavi etiam nunc, Dominus justus;*

ego, & populus meus impii. (a) ¿Quántas veces intentó componerse con Moyses, y buscar arbitrios para satisfacer à Dios, sin perjudicar à sus propios intereses? Quiso permitir à los Hebréos que sacrificasen, pero sin salir de Egypto: despues les permitia que fuesen à sacrificar al desierto, pero sin apartarse de las fronteras de Egypto: luego les decia que fuesen à sacrificar donde quisiesen, pero con la condicion de que sus hijos quedasen en rehenes: por ultimo les permitia que llevasen consigo sus hijos, y familias, con tal que dexasen sus ganados: No, respondió Moyses, nada ha de quedar: *Non remanebit ex eis ungula.* Todo ha de ir; Dios lo quiere todo: Quiere ser servido, obedecido, y satisfecho absolutamente: las aguas mudadas en sangre, la langosta, las tinieblas, y las demás plagas son las que te atemorizan, y no la ofensa de Dios. Quando verdaderamente temas ofenderle, antepondrás este temor à todos tus intereses; entonces te importará muy poco perder tus bienes, tus vasallos, tu estimacion, y tu estado, con tal que evites sus ofensas.

El que se convierte à Dios, Catholicos, con un corazon sincero, se reviste de las mismas ideas, que aquellos generosos publicanos que fueron al desierto à preguntar al Bautista, ¿qué harian para salvarse? (b) ¿*Magister, quid faciemus?* No le preguntan qué haremos para salvarnos con comodidad, y sin tener que sufrir los rigores de la penitencia; sino absolutamente, y sin restricciones: ¿*Quid faciemus?* El que se convierte de todo corazon, dice con el mismo valor que Zacheo, (c) Señor, de los bienes mal adquiridos restituí quatro tantos mas à aquellos à quienes he perjudicado; y de los bien adquiridos doy la mitad à los pobres. El que se convierte de todo corazon, dice con la misma humildad

(a) *Exod. 9. 27.* (b) *Luc. 3. 12.* (c) *Luc. 19. 8.*

que David: (a) Señor, aqui estoy dispuesto à recibir el castigo, y siempre tengo presente delante de mis ojos la gravedad de mis delitos: finalmente, el que se convierte de todo corazon, dice con la misma constancia que San Pablo: (b) Aqui estoy, Señor, ¿qué quereis que haga? ¿Qué disponeis de mí? Y se siente animado del mismo fervor que la Magdalena, à la que se la perdonaron muchos pecados, porque amó mucho, y porque tenia impresa la penitencia en todo su corazon. (c)

Estos son, Catholicos, los modelos que debeis seguir, y los que debeis evitar: Todos clamaron *peccavi*: Todos creyeron que hacian penitencia, pero muchos se engañaron: y lo que mas me asombra, Catholicos, es, que entre tantos falsos penitentes hallo à un Saul, un Jeroboan, un Achab, un Antiocho, y un Faraon, Principes, Reyes, Conquistadores, y dueños del Mundo: por el contrario, à la frente de los verdaderos penitentes hallo un Pedro, un Pablo, un Zacheo, una Magdalena, una Muger Cananéa, y muchas gentes de la masa del Pueblo, y apenas hallan lugar en este numero un David, y un Manasés.

Pecadores ilustres, pecadores ricos, pecadores distinguidos, no menos por vuestros delitos, que vuestras calidades, ¿qué triste leccion ésta para vosotros! La mayor parte de estos Grandes hacian estas públicas demostraciones de penitencia con reflexion, estando en perfecta salud, y lexos de los peligros de la muerte, y con todo eso su penitencia era falsa; ¿pues será segura la vuestra retardandola para la hora de la muerte? ¿Hallareis entonces en el abatimiento de vuestras fuerzas, y en la turbacion de vuestro espiritu medios para justificar en la Divina presencia la sinceridad de vuestro corazon?

(a) *Psalm. 37. 18. Psalm. 50. 5.* (b) *Act. 9. 6.*
(c) *Luc. 7. 47.*

Y tú, Pueblo Christiano, que te glorías de imitar los vicios de los Grandes, ¿imitarás también su impenitencia? ¿Renunciarás la utilidad propia de tu condición, que es el tener más fácil acceso que ellos para con la Divina misericordia? ¿Havrá dicho el Señor en vano que todo el rigor de su justicia es para con los Grandes, y que si hay en él algún género de indulgencia se reserva para los pequeñuelos? *Exiguo conceditur misericordia, potentes potenter tormenta patientur.* (a) ¿Es posible, Grandes, y pequeños, que todas estas cosas solamente han de servir de hacerlos igualmente sordos à su voz! He de tener yo la pena de verme obligado à clamar como Jeremias: ¡Ah, apliqué el oído, eché la vista por todas partes! *Attendi, & auscultavi.* »; Y no » hallé ni una sola persona que obrase bien, y se arrepintiese del mal! No hallé uno que dixese, ¿qué es lo » que he hecho? ¿A quién he ofendido? *Nullus est dicens, & quid feci?* Cada uno sigue à sus pasiones, del mismo modo que un caballo impetuoso se dexa arrastrar al combate; los pájaros del ayre, prosigue, como nocen sus tiempos, y las estaciones para sus viages: *Tempus adventus sui;* (b) pero mi Pueblo no conoce el tiempo de la venida, y del juicio del Señor: « *Populus meus non novit iudicium Domini.* No quiero atemorizarnos con las terribles amenazas que prosigue el Profeta dirigiendolas contra los Judios impenitentes; solamente os diré, que aquellas amenazas son los mismos males que vemos acercarse à nosotros, que están para caer sobre nuestras cabezas, y los que podemos evitar con un sincero arrepentimiento: lloremos nuestros pecados, Catholicos, lloremoslos con todo nuestro corazón, si es que no queremos llorar la pérdida de nuestros bienes, de nuestra vida, y de nuestra felicidad eterna: *Ad quam, &c.*

(a) *Sap. 6. 7.* (b) *Jerem. 8. 6. &c.*

SER-

SERMON II.
PARA EL CUARTO DOMINGO
DE ADVIENTO,
SOBRE LA NECESIDAD DE LA
penitencia en las calamidades
públicas.

*Venit in omnem regionem Jordanis prædicans
baptismum pœnitentiæ in remissionem peccatorum.*

Juan fue à todo el País de las cercanias del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados. *Luc. 3. 3.*



Quando San Juan fue à las orillas del Jordan à predicar penitencia à los Judios, estaba el Mundo oprimido con todo género de miserias: ¿Y qué es lo que sucede en estos tiempos, Catholicos? Roma, oprimida con el peso de su misma grandeza, havia perdido el consuelo, y la gloria de su libertad: *Anno decimoquinto Imperii Tiberii Cæsaris.* La Judea, Reyno pequeño, estaba despedazada en quatro par-